

Anagrama): «Le gustaba mucho más escribir que leer. Leer le ponía nervioso, decía: si los libros eran malos, por malos; si buenos, por envidia. En cualquier caso, eran ajenos».

Quizá por eso no formó parte de la generación que le correspondía por edad, la de los 50. Nació en 1932, más o menos en los mismos años que los escritores de la generación de los «hijos de la guerra». Tampoco pareció interesarle el movimiento del realismo social. Tomeo, que nació en Quicena, no muy lejos de Huesca, pero que vivió desde joven en Barcelona, era un hombre de carácter más bien solitario, una suerte de falso misántropo que sin embargo desprendía cariño allá donde fuera. En los 60 frecuentaba una tertulia de variopintos personajes por la que se asomaba, ocasionalmente, alguna figura emergente. De esa tertulia, tras su paso por el departamento jurídico de la empresa Hispano Olivetti, sacó algún trabajo alimenticio y también conoció al editor –que aún no lo era– Herralde.

Elementos característicos

Empieza publicando relatos en la contra de *El Noticiero Universal* y novelas de corte popular para la editorial Bruguera, incluida una historia de la esclavitud que aún puede encontrarse en librerías de lance, la mayoría bajo el seudónimo de Franz Keller. A finales de los 60, llegan los primeros escritos de Tomeo ya con su nombre, que contienen algunos de los aspectos que marcaron su obra, a saber: el humor, cierto ambiente perturbador y querencia por el absurdo.

Estas obras son *El cazador*, en el que ya se observa esa fijación por el hombre solitario y por las novelas «de imaginación», y *El unicornio*, una genialidad en la que, en cierto momento, se funden dos realidades narrativas (una obra teatral y el público asistente) en una parodia de la novela policiaca y con la que consigue el premio Ciudad de Barbarstro. Pero es a finales de los 70, con *El castillo de la carta cifrada*, un divertidísimo soliloquio en el que se fragua otro de los pilares narrativos de Tomeo, la incomunicación, cuando logra el aplauso de la crítica. Nada menos que dos de los críticos más insignes egregios de la época, Rafael Conte y Manuel Cerezales, se deshacen en elogios hacia la obra que, además, tiene éxito internacionalmente. Sobre todo después de la publicación en Alemania, por parte del editor Klaus Wagenbach, quien, curiosamente, es especialista y biógrafo de Franz Kafka.

Herralde, compañero de tertulias en la década anterior, se ha convertido ya en un excelente editor y decide publicar el libro. Coqueta-

mente, en el texto antes mencionado, Herralde nos cuenta que el libro había sido rechazado por Argos Vergara por poco comercial y que, paradójicamente, la editorial había dejado de existir. Seis años después llega la que es, para muchos, su obra maestra: *Amado monstruo*. Una desternillante novela sobre una surrealista entrevista de trabajo para vigilante de un banco en que el aspirante, treintañero, vive dominado por su madre. Las situaciones absurdas se suceden en un diálogo deliciosamente disparatado y, sin desvelar el desenlace y solo como apunte, leer poesía o ser melómano son características altamente contraindicadas para el trabajo.

Esta novela se llevó al teatro en París (y luego en muchos otros países) y refrendó el éxito del autor aragonés fuera de nuestras fronteras lo que, de rebote, afianzó su prestigio en nuestro país. Aun así, se mantuvo fuera de los cenáculos literarios y sirva como ejemplo la maledicente declaración (a menudo mal citada) de Juan Benet en la *Revista de Occidente*: «Tomeo no está mal, pero no cambia de sabor: su obra es como un plato de croquetas», presumiblemente en respuesta a la incredulidad ante la insistencia de Alemania en que fuese invitado en una delegación literaria española que encabezaba Benet.

La obra de Tomeo es amplia y alcanza una cincuentena de títulos, casi todos breves. Conseguía en pocas páginas condensar muchas emociones. Aunque el humor envuelve y cohesiona sus textos, tienen también una dosis de incomodidad, de perturbación del lector, y un subtexto que lleva a la reflexión, que va más allá de lo que se cuenta. Su prosa es precisa, sin alharacas, sin excesos innecesarios y sin recrearse.

Tenía también un oído prodigioso, lo que hacía que te metieras en sus abundantes diálogos sin resistencia. Y aunque hay muchos juegos de espejos y vasos comunicantes entre sus obras y elementos comunes, como los animales (en especial los insectos), la soledad, el aislamiento, los personajes incompletos, la incapacidad de comunicación, se equivoca Benet en su venenoso comentario. Cada historia de Tomeo te lleva a un sitio diferente. Y si efectivamente fuera un plato de croquetas, merecería la pena comer de él sin cesar.

Anecdotario infinito

También se le achacó que sus personajes era un trasunto de sí mismo. Es cierto que él cultivó, ayudado por ese aspecto recio y grandullón, un cierto aura de huraño pero, dejando a un lado el hecho de que muchos personajes traslucen las inquietudes de

Recuperaciones con acierto

Varias editoriales rescatan algunos de los mejores relatos y novelas del autor oscense

La muerte de un autor – cuando se apagan los artículos, las entrevistas, las citas, las exaltaciones – es una prueba cruel que lo ubica, no necesariamente con justicia, en su correspondiente casillero en la historia de la literatura. Decide si sigue teniendo lectores y si su prestigio se atenúa o se incrementa. Muchos esperaban que el reconocimiento de Antonio Rabinad, inmerecidamente relegado a un segundo plano entre sus contemporáneos, renaciera en la posteridad. No parece que esté pasando todavía. En el caso de Javier Tomeo, y a pesar de sus éxitos editoriales dentro y fuera de nuestro país, siempre tuvo un reducto propio de seguidores que, según parece, se va renovando con el paso de los años.

Las operaciones editoriales, a veces tan estériles en su intento de reflotar autores de modo póstumo, se han hecho con acierto y cariño en el caso de Tomeo y sirven de alimento a ese nuevo público lector. Anagrama ha reunido en un volumen las cinco mejores novelas de su catálogo: *El castillo de la carta cifrada*, *Amado monstruo*, *El cazador de leones*, *La ciudad de las palomas* y *El canto de las tortugas*. Puede uno, en esas poco más de 400 páginas, disfrutar del mejor Tomeo novelista, encerrarse en casa a leer y, como el personaje de *El canto de las tortugas* (novela a modo de diario en el que un personaje locoide habla con los animales), decir: «Continúo sin salir de casa, pero hoy ni siquiera me apetece asomarme a la ventana».

También Alpha Decay ha publicado un conjunto de relatos, en su mayoría inéditos, que Tomeo le entregó a su amigo y editor Enric Cucurella (que participa también de esa peculiar manera de pensar en los márgenes). Se titula *Vampiros y alienígenas* y nos ofrece el Tomeo más fantástico y divertido. Como muestra, en un cuento, un periodista entrevista a un conde, vampiro y del clan de Nosferatu, que quiere dejar claras sus diferencias con el clan de Drácula, al que califica de «hortera». Los de Nosferatu no utilizan los colmillos, sino los incisivos, y no vampirizan, solo matan. *Vampiros y alienígenas* comprende una veintena de deliciosos cuentos que nos regalan al más monstruoso Tomeo.

Javier Salvador Galindo, quizá el único discípulo de Javier Tomeo, a la luz su libro de relatos y homenaje, *Las croquetas del señor Keller*, es también el editor de Pez de Plata que acaba de publicar *El cazador*, que, si bien no es un inédito por definición, era inencontrable desde su publicación en 1967. *El cazador* es un prodigio narrativo en el que un personaje de 35 años decide no salir de su habitación y la convierte, a base imaginación, en un mundo completo. Sorprende lo bueno que era Tomeo en sus primeros pasos.

Estos tres libros, junto con los *Cuentos completos* que publicó Páginas de Espuma, editados por Daniel Gascón, nos sirven para leer al mejor Javier Tomeo y disfrutar de una de las voces más originales de la literatura española.



Javier Tomeo
Javier Tomeo
Anagrama
448 páginas
25,90 euros



Vampiros y alienígenas
Javier Tomeo
Alpha Decay
112 páginas
17,50 euros



El cazador
Javier Tomeo
Pez de Plata
128 páginas
17,90 euros

sus autores, si los suyos se hubieran parecido mucho a Tomeo, habrían sido todavía más delirantes e incluso inverosímiles.

Su anecdotario es infinito y va desde presentarse al Nadal (al que confirmó ir sin acompañante) con varias mujeres de gran belleza, lo que hizo que se dispusiera una mesa extra para él, a la larga conversación que mantuvo con Manuel Vicent, que estaba muy halagado, hasta que Tomeo se despidió con un «Hasta pronto, Verdú», en referencia a Vicente Verdú.

Pero quizá las más divertidas son las que vivió con su gran amigo Luis Alegre. Tomeo tomó un tren en Zaragoza con destino a Barcelona, pero por descuido se subió en el tren que iba hacia Madrid. Y llamó a Luis Alegre desde Calatayud indignado con Renfe por llevarle en sentido contrario sin aceptar, ni entender, que él se habría equivocado y repitiendo una frase ya mítica: «¡Esto de Renfe es una vergüenza!».

Otra de gran comicidad se produce en el año 1995. Tomeo, gran aficionado al Real Zaragoza, no podía ver los partidos importantes porque le creaban mucha ansiedad. De ese modo se perdió la final de la Recopa en la que el equipo maño ganó al Arsenal con gol de Nayim en los últimos segundos de la prórroga. Pero, ya conocido el resultado, decidió ver el partido en vídeo. En un momento dado, por error, el asistente pidió cambio de jugador y puso el número de Nayim. Tomeo entró en pánico: «¡Van a cambiar al que va a ganar el partido!».

Naturalmente, Nayim no salió del campo y la cinta reprodujo el partido tal y como había sido.

¿El Kafka español?

La mente de Tomeo funcionaba así. De otro modo. También en la conversación, ya fuera un *parler pour parler* o una charla sobre un asunto concreto, era prácticamente imposible que transcurriera por cauces convencionales. Pero si algo definía a Tomeo era la imaginación. Su literatura se sirve de ella para soltar lastres de realidad y de identificación. No es fácil sentirse identificado con sus personajes, cuyas rarezas nos son ajenas y, sin embargo, nos resulta fácil entenderlos y sentir empatía.

No estoy seguro de que Tomeo sea el Kafka español. Pero sí que había algo de genio raro, de escritor único. Sí, más único que los demás. Sus mejores obras no han envejecido nada y siguen produciendo turbación, risa y reflexión. Qué más se puede pedir hoy, con tanta abundancia de autoficción y de prosa de notaría.